

Amores a la tierra

(Un cuento serrano)

Simboliza este cuento, que es un poema tragicómico **de toda la Sierra**, un homenaje cariñoso al pueblo sufrido, que lo está dando todo hasta la extenuación y en donde la mayoría, en algún momento de nuestras vidas, hemos sido, y somos, el Abundio del cuento.

Abundio Tarabillas, “El Cachumbo”, a quien tan bien cuadraban apellido y apodo, a sus tantos años, mantenía su lucidez y formas de vida ante sus convecinos, de manera envidiable. Menguado en altura, -por eso le apodaban además “el encogido”- algo patizambo, y ya desde muchacho andaba trastabillando. El poeta del pueblo, incordiador y sabelotodo, sentenció de él, que “se mecía en la bruma de su lento quehacer diario”.

Poco le importaba a Abundio, aunque alguna vez le molestó saber, siempre por terceras bocas, los retratos que de él hacían; decía que eran envidias, cochinas lenguas, él era feliz y así pensaba seguir.

Llegaron años de cobardías, mezquindades, traiciones a lo esencialmente propio; de miedos a los entornos, de huidas y abandonos. Y dijeron esos mismos miedosos, esos audaces desagradecidos, los desertores, al ver que Abundio seguía meciéndose en su quehacer diario.

- Imposible que este hombre que tan buena pareja hace con su burro, sea capaz de abandonar la tierra, aquí se quedará.

Y llegó un buen día, y cuando nadie lo esperaba, que Abundio se decidió a cambiar de aires.

Abundio se quedó sin padre a temprana edad, y de bien chico tuvo que coger las riendas de la casa, antes que el pequeño patrimonio se viniese abajo.

Abundio, a su hermano mayor apenas lo llegó a conocer; terminada la guerra se marchó por ahí, y ya nada más se volvió a saber de él. Pero este hermano fue la antítesis de Abundio, una miaja mundano y un tanto holgazán. Eran la cigarra y la hormiga, él tan amigo de holganza y de la cháchara, Abundio llevando grano a grano para el día de mañana. Y si es por amor al terruño, Abundio no lo podía remediar, siempre entre terrones, arañando en sus magros

bancales, garrapitales de secano y unos huertecillos que, eso sí, mantenía limpios de las malas hierbas, como jardines.

Amor a la tierra, a sus cosas, a todo lo suyo, encantadora simbiosis llevada a la perfección por Abundio.

Y ojos y oídos, más de una vez, le sorprendieron en sus soliloquios dando patadas a la estéril tierra, o dedicando cálidos piropos a las espigas ya granadas. Y alguien, malas lenguas serían, que hasta le vieron probándose la albarda del burro, a la vez que amorrado a su oreja le decía.

- Mira, querido Bartolo, no puede ser, tienes que apañártelas tú solo, no me sienta bien; pequeño como soy, mal de remos que ando, poca cosa podría hacer; ya sé que los dos andamos cansados y jorobadillos y más tendríamos que ayudarnos. Vamos los dos pa viejos, y a mí se me están acabando las ganas. Así que, cualquier día, tendremos que separarnos. Guardaré los arreos en el zaguán, en la cuadra y junto al pesebre, por si acaso, y seguiremos cada uno el camino que Dios nos marque; ¡cagüen...!

Pasó poco tiempo de todo esto. Abundio vendió su burro por cuatro perras, a un gitano conocido que pasó por allí. Se despidió del pobre Bartolo con un fuerte abrazo al cuello y dándole un beso en el morro, a la vez que se limpiaba con el envés de la mano un grueso lagrimón que se le salió; y el burro le respondió con un lastimero y entrecortado rebuzno. Y se fundieron ambos en un común sollozo.

A Abundio le vino a la mente en ese momento, aquel abrazo que le dio su padre cuando se lo llevaron a la guerra y ya no volvió. Cuando le dejó solo en este mundo su pobre madre, que aunque siempre valió muy poco, le servía de compañía y consuelo.

Era el fin de una familia, y amo y burro, que tanto se habían querido, que tan bien se habían entendido, así lo vieron.

Luego Abundio se fue a no se sabe bien donde, ni con quien, ni a qué; pero ojos incrédulos vieron como el nuevo aire le sentó muy bien, dando algo de lustre a su sufrida pelleja, y una miaja de majestuosidad a sus andares, como el cimbrear de las olas allá en esas playas que visita y quizás se baña.

En los hablares ganó Abundio algo de locuacidad, y ahora se le nota cierto desparpajo y brillo. Y ya no dice “se me están acabando las ganas”, ahora dice, “me están llegando las ganas”. Y se le pegó también lustre en el vestir, y se pintó de negro las canas, y dejó que aquella pelusilla se convirtiera en un bigote.

Se le nota a Abundio el amor que aún le tiene al pueblo. Cuando vuelve todo lo mira, todo lo toca, como si quisiera conocerlo

mejor. Pasea serio, pero alegre, por los campos, y piensa mucho en aquellos tiempos. Mira los viejos aperos, que no hace tanto tiempo dejó tirados; las herramientas de mangos lustrados por sus manos callosas, las mismas que ahora han ganado en lustre y vitalidad.

Se pasa Abundio largos ratos quieto y pensativo, en emotivo silencio. Mira todas aquellas ruinas en que se están convirtiendo sus pequeñas posesiones, sus objetos más queridos, todo aquello que, no hace mucho, tantas alegrías y penas le dieron, y aquellos andrajos, que cuando tenga un rato libre y ganas, se decidirá a quemar.

Y a Abundio, quién lo iba a decir, le llega aquí en el pueblo, cierto aire de romántico. Y ahora, cuando ya camina al ocaso y al abandono, aprieta los labios y piensa; se recoge en sí y para sí, y como un beso lapidario, caluroso, se atreve a recitar, como una oración, el poema que durante tanto tiempo ha llevado dentro:

- Mi existencia transcurre entre las nostalgias del ayer, cuando a pesar de todo llegué a rozar la felicidad, y las realidades del hoy. Desnudos cuerpos y almas de los puros sentimientos, los bellos momentos, aquellos de tocar tus menguados frutos que te daba la tierra, amorosamente trabajada, que viste crecer día a día, desde que pusiste el grano a germinar y le ayudaste a romper el cascarón y salir a la vida.

MORALEJA:

- Que nadie diga, de esta agua no beberé.